

DOMINGO III DE CUARESMA (B)
Homilía del P. Lluís Juanós, monje de Montserrat
15 de marzo de 2009
Jn 2, 13-25

Hermanas y hermanos: El camino cuaresmal es un camino a través del cual Jesucristo se nos revela de una manera progresiva: se trata, con la ayuda de los textos de la Escritura, de que vayamos profundizando nuestro conocimiento y nuestra fe en Jesús, el Señor, y así, renovemos de todo corazón nuestros compromisos bautismales en la solemnidad de Pascua. En este sentido, los evangelios de los domingos de Cuaresma nos muestran algunos pasajes en que Jesús se manifiesta y nos revela a Dios con palabras y con signos, para que, como afirma el mismo evangelio de Juan, creamos que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y creyendo, tengamos vida en su nombre.

Con todo, las palabras y los signos que Jesús ponía al alcance de sus oyentes no siempre llevaban a la fe, sino que muchas veces provocaban la división e incluso el rechazo a su mensaje o la hostilidad hacia el mensajero. Ya en el inicio de su predicación, un sábado pudo constatar estas reacciones entre sus conciudadanos en la sinagoga de Nazaret, leyendo un pasaje del libro del profeta Isaías. Y proclamando el cumplimiento de este texto en su persona, pudo ver cómo la reacción de sus oyentes estuvo llena de indignación; lo sacaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta un precipicio con la intención de despeñarlo (Lc 4:16-30).

En otra ocasión, la curación de un hombre en sábado también provoca la ofuscación de los maestros de la Ley y los fariseos, (Lc 6:6-11), como también la curación del ciego de nacimiento (Jn 9:1-41) y tantos otros episodios que nos muestran que a medida que Jesús va avanzando hacia el cumplimiento definitivo de su misión, mayor es la polarización entre la aceptación o el rechazo a su persona y a su mensaje liberador.

Y en el evangelio de hoy encontramos uno de los momentos más decisivos que marcarán definitivamente la suerte de Jesús y al mismo tiempo el sentido más profundo de su identidad y de aquello que hay que entender por Templo: no una construcción donde intentamos encerrar a Dios, sino Su presencia en medio de los suyos en la persona del Resucitado.

No hay que decir que nos encontramos ante de una de las actuaciones más desconcertantes de Jesús: con un azote de cuerdas expulsó a los que comerciaban en el templo, convirtiendo la casa de Dios en un lugar donde el negocio y los propios intereses ya no tenían nada a ver con un culto "en espíritu y en verdad". De hecho, Jesús se sitúa en la línea profética que reivindicaba un culto verdadero, dejando claro que lo que Dios quiere es "amor y no ofrenda de víctimas, conocimiento del Señor y no holocaustos" y que la auténtica religión no tiene nada que ver con intereses humanos poco claros que "en nombre de Dios" sólo tratan de gestionar y salvaguardar el propio bienestar, viviendo de espaldas al malestar y el sufrimiento de los otros.

En nombre de la verdad de Dios, Jesús, expulsando a los mercaderes del templo, denuncia y pone al descubierto la hipocresía de muchas actitudes que quizás lo único que pretenden es no afrontar decididamente una verdadera conversión del corazón y es ésta la decisión más importante a la hora de renovar la propia vida y la de aquello que llevamos a cabo.

Jesús no nos quiere dejar a merced de nuestras ambigüedades, sino que nos pide vivir con coherencia, sabiendo que siempre podemos rehacer nuestro camino para

reencontrar el camino que él nos propone. En definitiva es este camino de conversión el que nos lleva a vivir con aquella autenticidad que Jesús nos reclama y que da sentido a todo mandamiento, ley o prescripción.

Con todo, el evangelio de hoy acaba con una constatación de un realismo punzante: viendo los milagros que hacía, muchos creyeron en su nombre. Pero Jesús no se confiaba, porque los conocía todos; no tenía ninguna necesidad que le revelaran lo que son los hombres; él sabía lo que hay en el interior de cada hombre.

La Palabra de Dios nos invita a reencontrar hoy y siempre aquella coherencia de vida que nos unifica interiormente, sin ninguna necesidad, como dice el dicho, "de encender una vela a Dios y otra al diablo", o de confundir las aspiraciones de una vida orientada según los designios de Dios con las ambiciones del propio yo que se erige en el centro y la única referencia ética donde cualquier medio es justificable con el fin de alcanzar aquello que quiero hacer y ser, en detrimento de los otros y de Dios mismo.

Es ésta la gran confusión que habita el corazón humano, y Jesús, a pesar de conocer nuestro interior, nos continúa diciendo que nuestra vida vale mucho más a los ojos de Dios, y aún con nuestras ambigüedades, nos ama entrañablemente; y como a los vendedores del templo, quizás también nos quiere advertir una vez más que allí donde tenemos el tesoro allí tendremos el corazón.

Jesús nos invita a convertir nuestro corazón, a no hacerlo templo de nuestra idolatría y emprender con decisión el camino de conversión que la Iglesia nos propone cada año en este tiempo de gracia. Que la Eucaristía que estamos celebrando nos haga entrar en el dinamismo de amor y solidaridad que el mismo Jesús vivió por nosotros hasta la muerte y nos haga valientes y libres para seguir el camino que nos lleva hacia la plenitud de lo que somos y de lo que estamos llamados a ser en Cristo Jesús.